

# «EL QUIJOTE» APÓCRIFO OBRA DE CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA

POR

P. FLORENCIO ÁLVAREZ DÍEZ, O.S.A.

## I. EL AUTOR DE LA FRASE Y DEFENSOR DE ESTA HIPÓTESIS

Lo fue, hace unos años, mi condiscípulo en los estudios universitarios y buen amigo, Enrique Espín Rodrigo, tras una labor investigadora tenaz y afortunada. Nacido en Lorca en 1915, falleció en Madrid en 1982, sin haber publicado nada sobre los tres temas, objeto de sus investigaciones y tan interesantes para la literatura española, como son: la identificación de Alonso Fernández de Avellaneda con Cristóbal Suárez de Figueroa; la atribución al mismo Figueroa de *El Buscón*, que sigue considerándose como obra de Quevedo, aunque éste en más de una ocasión negó ser su autor; y la adjudicación también a Suárez de Figueroa de *La Tía Finjida*, añadida a las *Novelas Ejemplares* de Cervantes desde que a finales del siglo XVIII fue hallada en un manuscrito junto con las versiones expurgadas de *El celoso extremeño* y *El Rinconete*. Todo un libro pensaba Espín dedicar a cada uno de estos temas, y dejó, en efecto, material suficiente para ello en multitud de folios y centenares de cuartillas manuscritas de su puño y letra, que su viuda, Dña. Carmen Ayala, puso a mi disposición a la muerte de su esposo. Yo, sin embargo, pensé limitarme al estudio tan sólo del primer tema, hojeando y estudiando detenidamente en sus escritos todo lo referente al mismo. Y todo este material de Espín, y lo que le oí en frecuentes y amigables conversaciones sobre este asunto constituye la fuente, casi única, de que me he servido para la confección del presente artículo.

Para esta tarea de investigador se encontraba Espín Rodrigo bien preparado con sus tres cursos universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid



desde el año 1933 al 36, en que nuestra guerra interrumpió sus estudios. Los continuó después de ella, pero en la Facultad de Farmacia, en la que se licenció, sin que el desvío que estos últimos estudios supusieron en relación con los anteriores fueran un obstáculo para su afición a la historia. Heredó quizá ésta de su padre D. Joaquín Espín Rael, buen investigador y publicista, que había defendido la hipótesis de que Quevedo y no otro que el autor de "El Buscón", lo había sido del falso Quijote (1). Acaso el motivo principal de que el hijo iniciara sus investigaciones se deba al deseo de aportar nuevas pruebas y más argumentos a la opinión sostenida por su padre, cuando ya éste había fallecido. Era muy natural que, en asunto tan debatido y a la vez tan problemático todavía, pensara el hijo lo mismo que su padre. Cambió, sin embargo, de opinión pocos años más tarde, al convencerse que era equivocada la que aquél había defendido. En carta, que Espín Rodrigo escribió en noviembre de 1977 a su amigo, el pintor y publicista Muñoz Barberán, le dice que el autor del falso *Quijote* era real y efectivamente Suárez de Figueroa. Se enfrenta así no sólo a la hipótesis de su padre, sino también a la de Muñoz Barberán, entusiasta defensor de que Ginés Pérez de Hita fue el Avellaneda del *Quijote* apócrifo (2). Por las mismas fechas de esta carta acababa Enrique Espín de leer detenidamente la obra más conocida e interesante de Suárez de Figueroa, *El Pasajero* (3), en la que su autor, buen escritor clásico y que figura entre las autoridades de la lengua castellana, refiere, a sus cuarenta y seis años, y en conversación con otros tres compañeros de viaje cuanto le había ocurrido hasta los treinta y cuatro, sin omitir ni las peligrosas aventuras, en que se había visto metido, y por dos veces en la cárcel, a causa de su temperamento irascible y pendenciero, ni la enumeración de todos sus defectos, que fueron muchos, como él mismo confiesa. Entre ellos destacan la envidia y hasta el odio, que tenía a Cervantes, tan manifiestos en *El Pasajero* como en el prólogo al *Quijote* de Avellaneda.

## II. EL QUIJOTE DE ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA

Desde su misma aparición se consideró este *Quijote* como obra anónima. El mismo Cervantes en el prólogo a la segunda parte del suyo, antes quizá de cumplirse el año de la publicación del de Avellaneda, dice de éste: "No osa aparecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre y fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad". De estas mismas palabras se deduce que Cervantes conocía el verdadero nombre del autor y el de su patria, aunque simula ignorarlo y hasta le hace aragonés, para despistar sin

(1) *Investigaciones sobre «El Quijote Apócrifo»*. Estudio por Joaquín Espín Rael. Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1941.

(2) *La Máscara de Tordesillas*, por Manuel Muñoz Barberán. Editorial Marte, Barcelona, 1969.

(3) *El Pasajero. Advertencias utilísimas a la vida humana* por el Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa. Edición preparada por Francisco Rodríguez Marín. Imprenta Renacimiento, Madrid 1913.



duda a los pocos que lo ignoraban y acaso para no hacer propaganda del libro. También se lo callaron los pocos amigos de Figueroa, respetando el anonimato querido por el autor y por Lope de Vega, el verdadero impulsor de este tinglado, y que tirando la piedra, quería ocultar la mano. Ambos pretendían vengarse de este modo de las muchas y ofensivas alusiones, que Cervantes había hecho en la primera parte de su Quijote a Lope, y de alguna que otra a su discípulo y amigo Avellaneda, con lo que éste llama sinónimos. Nada de todo esto podía permanecer oculto a la percepción del Príncipe de nuestros ingenios y menos el nombre de su ofendido y disfrazado Avellaneda, el destinatario de sus bien calculados ataques.

El libro de Avellaneda se divulgó, tras su aparición, rápidamente, según el mismo Cervantes: “Y ya esta historia anda por acá de mano en mano pero no para en ninguna, porque todos le dan del pie” (Cap. LXX de la segunda parte). Y, en efecto, como confirmación de esto último no se volvió a editar en todo el siglo XVII, mientras se multiplicaban las ediciones del Quijote de Cervantes. Clara muestra de lo poco que se le estimó por sus contemporáneos, a pesar de su indudable mérito, es que nadie hasta el siglo pasado se preocupó de quién pudiera ser su verdadero autor. Únicamente en la segunda mitad del siglo XIX empezaron a surgir hipótesis sobre la posible identificación de Avellaneda, atribuyéndose hasta hoy día a casi una treintena de escritores, algunos tan notables como Lope de Vega, Quevedo, Tirso de Molina, Ruíz de Alarcón, los dos Argensolas; y hasta al mismo Cervantes se ha pretendido identificar con Avellaneda, lo que prueba que su estilo compite con el de nuestros mejores clásicos y merece los elogios que le dedicó Menéndez Pelayo. Sin embargo, un silencio de más de un siglo le acompañó hasta su segunda edición (Madrid, 1732) cumpliéndose en parte el vaticinio de Cervantes: “De su parto a la sepultura no será largo el camino” (Cap. LXX, segunda parte). De ella le sacaron antes que en España escritores franceses con una versión publicada en 1704 con grandes elogios para Avellaneda, hasta el extremo de juzgarle mejor escritor que Cervantes.

### III. LA VIDA DE CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA (4)

La fecha de su nacimiento en Valladolid se ha fijado en 1571, por lo que él mismo dice en dos de sus obras, en *Varias noticias* y en *El Pasajero*. Refiere en la primera que marchó a Italia treinta y dos años antes del 1620, en que la terminó, y en la segunda, que había dejado su hogar a los diecisiete cumplidos. Se ignora, sin embargo, la de su muerte en Nápoles, y tan sólo puede afirmarse que debió ocurrir después de 1644, ya que en este año se reimprimió su poema épico *España Defendida*, y allí se hace constar que fue “por su autor reconocido y de

(4) El mejor y más completo estudio sobre Figueroa lleva por título *VIDA Y OBRAS DE CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA* por J.P. WICKERSAHM CRAWFORD, traducido del inglés con notas, por NARCISO ALONSO CORTES. Valladolid, imprenta del Colegio Santiago, 1911.



las erratas enmendado”. Vino a este mundo “en albergue, cuanto a bienes de fortuna, de escaso caudal. Mi padre, como originario de Galicia, trujo consigo de La Coruña no más que su habilidad... Profesaba Jurisprudencia y el grado de causídico en los tribunales”. Y en el ejercicio de la abogacía siguió, cuando se trasladó a Valladolid.

Su hijo Cristóbal fue el mayor de los dos únicos del matrimonio, y advirtiendo a sus diecisiete años que su padre mimaba al más pequeño y le trataba mejor que a él, quizá porque no disfrutaba de buena salud, y que se preocupaba poco de aumentar el patrimonio familiar, y bastante más de pasarlo él bien, resolvió dejar su casa y familia y expatriarse, para valerse por sí mismo. A esta sola causa se refirió, “encubriendo la verdadera”, que era la envidia hacia su hermano, al comunicar a su padre su resolución y preguntarle éste el porqué de la misma. La tristeza de la madre, “de quien era en extremo querido”, fue el motivo de que se diera largas a su pretensión; pero cedió al fin su padre y permitió su partida, al convencerse que no era antojo de muchacho, sino decisión bien pensada.

“Le obligué a darme el dinero y lo demás forzoso para el camino, proponiendo en presencia de ambos no volver en sus días a España: palabra que cumplí después. Hubo en los ojos de mi madre ríos de lágrimas”, que no le hicieron desistir, y dejando Valladolid, caminó a Barcelona, en donde embarcó rumbo a Italia. Llegado allá, pisó tierra en Génova y se dirigió “a Milán, donde me hallé en los principios como en alta mar bajel sin gobernalle”, y preocupado por el camino que debía seguir en el futuro. Entre la vida militar o la de las letras, se apresuró a elegir éstas, acuciado por ver que iban disminuyendo los dineros recibidos de su padre. Entre Bolonia o Pavía escogió probablemente la Universidad de la segunda, para continuar sus estudios de leyes, y quizá por hallarse muy próxima a Milán. En un solo curso, dedicado al estudio del derecho civil y canónico, logró doctorarse en ambos derechos, ya que “hubo poco menester para conseguir honroso grado quien llevaba ya en el cuerpo cuatro apretados cursos” de leyes en la Universidad de Valladolid.

Con la terminación de sus estudios y su título de doctor se halló Suárez de Figueroa, cumplidos sus dieciocho años en 1569, en condiciones de solicitar del gobernador de Milán un cargo oficial al servicio de España. La necesidad le obligó ser nombrado Auditor de las tropas españolas contra Francia en tierras del Piamonte. Duró en este cargo cuatro años hasta la disolución de las tropas por terminación de la guerra, y volvió luego a Milán. Como desempeñó bien su oficio, y sin sobornos, no le fue difícil conseguir luego otros varios cargos, también jurídicos y al servicio de España en Italia. Fueron éstos los de Abogado Fiscal, Contrascritor, Juez y Comisario en distintas ciudades, próximas unas a Milán y otras a Nápoles, en las que dejó fama de honradez y dureza en la administración de la justicia contra delincuentes y forajidos.



En esta permanencia en Italia de dieciséis años, y cuando se hallaba en buena posición en Nápoles, tuvo noticias de que en Valladolid se habían sucedido las desgracias. Murió primero su hermano, a continuación la madre y después su padre. Pero “mucho antes había recibido de ellos amorosas cartas, en que me pedían y rogaban viniese a consolar su vejez con verlos; más llevábase el viento sus razones, no tanto en virtud de mi pertinacia cuanto en la de considerar cuán poca comodidad me aguardaba si volvía al lugar de donde salí”. Regresó, no obstante, en 1604 a Valladolid, “a los cuatro años de calificada con título de corte”, encontrándolo todo muy cambiado, y en lugar de la herencia esperada, “deudas y más deudas; todo necesidad, todo penuria. Reconocí más cerrados los medios de cualquier pretensión en mi patria que en la extranjera había hallado en el mayor aprieto... Así no tuve jamás ánimo para decir en mi abono una palabra, ni para dar un papel en razón de mi aumento... Los dinerillos que me habían acompañado iban ya dando boqueadas”.

En situación tan desesperada se acordó del voto que había hecho de ir en peregrinación al sepulcro de Santiago, hallándose en peligro de muerte en medio de una borrasca en el golfo de León, y se dispuso a cumplirla; solución, dice el mismo, como la de “los muchachos aviesos: irse por esos mundos”. Y en una mañana de agosto, probablemente de 1604, salió de Valladolid, aunque camino de Segovia, por visitar a una tía suya antes de encaminarse a Santiago de Compostela. Próximo ya a Cuéllar, halló un mesón, en el que decidió primero descansar y pasar después la noche. Pero apenas acababa de coger el sueño, cuando entró dando voces un arriero, que le despertó, y al que rogó cortésmente que cesase de hacer ruido, y le dejase dormir. Continuó alborotando el arriero, y le contestó que cada cual hace lo que es menester, y que siguiera durmiendo, que nadie se lo estorbaba. De nuevo le dijo Figueroa que bajase el tono de la voz, porque ya le iba enfadando, a lo que respondió el arriero: “¡Miren qué conde de Benavente, para que le guarden el sueño! A dicha matárame si no callo”. Se acabó con esto la paciencia del peregrino, que, lleno de cólera, saltó sobre el arriero, y con uñas y golpes acabara con él, si la gente del mesón no le librara de sus manos. Calló por fuerza el arriero; pero al llegar al día siguiente a Cuéllar, advirtió en secreto al corregidor que tras él venía un hombre de tales señas -y le dio las de Figueroa- que había muerto a otro en Valladolid. Y allá llegó el peregrino al atardecer, muy ajeno a lo que le esperaba, la cárcel, en la que le metió el corregidor en persona, acompañado de otras varias. Y entre éstas, y por suerte para Figueroa, se encontraba un vecino del lugar, que le conocía, y que recurrió al Duque de Alburquerque, señor de Cuéllar, consiguiendo que un hijo de éste pusiese en libertad a Figueroa y le presentase a su padre, a quien agradó mucho la larga conversación que tuvieron sobre los asuntos de Italia, y acabó disuadiéndole de su peregrinaje por los peligros en que podía verse. Regresó, pues, a Valladolid, después de pasar un mes junto al santuario de Ntra. Sra. del Henar, por la devoción que hacia su imagen sentía.



Y poco después de llegar a su ciudad nativa, su natural colérico le puso de nuevo en peligro de volver a ser encarcelado, y no ya por simple calumnia, sino a causa de un verdadero delito. El mismo confiesa que “entonces profesaba ser el más borrascoso y pendenciero de la tierra”. Ocurrió el hecho en una plazuela de la ciudad, en una mañana de marzo de 1604, y en amigable discusión entre juristas. Se hablaba de las ventajas e inconvenientes, que podían ofrecerse a la profesión del abogado y en la del juez, cuando intervino “un letradón desvaído, finísimo zancarrón en leyes”, acusando a los cinco o seis presentes de inhábiles para ejercer la abogacía, por él preferida a la administración de justicia. Molestos todos y callados los demás, salió Figueroa en defensa propia y de la administración judicial, dejando maltrecho y confundido a su adversario. Volvió este a tomar la palabra, y de tal modo ofendió e insultó a Figueroa, que éste encolezado echó mano a su daga y se la clavó en un costado a su contrincante, que cayó al suelo exclamando: muerto soy. De momento se refugió Figueroa en una iglesia cercana, de donde pasó a un convento de religiosos, de los que uno era pariente suyo. Y sabiendo por él que la herida era mortal, huyó disfrazado a Andalucía, que le era desconocida. Dos meses se detuvo en la región y ciudad de Jaén, y de allí pasó a Granada en el mes de mayo, en donde permaneció durante todo el verano. Pronto se encontró con muchos conocidos y se rodeó de amigos, hallándose en Granada como en un segundo Madrid. Y pronto también se vió perdidamente enamorado de una noble y bella joven, más amable aún por sus excelentes cualidades morales. Al cabo de algún tiempo cayó enferma su amada, y no mucho después murió, dejando a Figueroa sumido en también mortal tristeza, y tan desesperado que llegó a enfermar. Sólo gracias a los cuidados de sus amigos y a los consuelos espirituales de un religioso, a quien ellos recurrieron, consiguió recuperar la salud perdida. Dejó luego la ciudad, en la que tan felices y penosos días había vivido, y marchó a Córdoba y Sevilla, y por último, al Puerto de Santa María, en donde conoció al poeta Luis Carrillo y con él entabló una sincera amistad. Con él permaneció también todo un mes, y juntos los dos hicieron el viaje de regreso a Madrid hacia marzo de 1606, después de haberse enterado Figueroa que había curado su herido de Valladolid, y de que de esta ciudad y en el mismo mes había vuelto la corte a la de Madrid.

Llegados a esta ciudad, la mayor preocupación de Figueroa, pendiente siempre de los recursos para sobrevivir, debió ser el lograr en la nueva corte lo que no había conseguido en Valladolid en los dos años anteriores: un puesto o cargo oficial al servicio de su patria, como premio de los prestados a la misma durante los dieciséis años de permanencia en Italia. Pero hubo de contentarse de momento con una carta de Felipe III a su cuñado el archiduque Alberto, recomendándole para un empleo digno y honroso. Y como por entonces no obtuvo ninguno, no halló otro medio de subsistencia que dedicarse a escribir. Los años siguientes hasta 1621 fueron los más prolíferos en las obras salidas de su pluma. Casi todas las que escribió y publicó son de los quince años siguientes a su llegada a Madrid,





figuran entre ellas las de más valía, y que hicieron que su nombre aparezca en el catálogo de autoridades de la lengua castellana. Si a las mencionadas por el mismo Figueroa se puede añadir en adelante, como yo creo, el falso Quijote de Avellaneda, no cabe duda de su valer como escritor clásico y de estilo depurado. Había llegado a Madrid con muchas esperanzas de medrar, fiado de sus dos doctorados, de sus conocimientos y experiencias vividas. Pero se sintió pronto decepcionado de todo y de todos: ministros del rey, cortesanos, literatos, y a la vez enfrentado con todos ellos por su afán de criticarlo todo. Pudo también en estos últimos años de su permanencia en España, además de dar a la imprenta obras de mérito, servir al mismo tiempo a su patria en cargos oficiales durante once años, como él mismo cuenta en una de sus cartas de 1624.

Consiguió por fin Figueroa regresar a su añorada Italia, despidiéndose, por supuesto que sin lágrimas para siempre de su patria, cuando el duque de Alba fue nombrado Virrey de Nápoles, e influyó en él su secretario, para que en febrero de 1623 nombrara a Suárez Auditor de Leuca, ciudad próxima a Nápoles. Sin embargo, por intrigas palatinas fue cesado de este cargo antes de cumplir los seis meses, y después de aplicar la justicia con la rectitud y el rigor acostumbrados en él, terminando así con el terrorismo, que campaba en la ciudad. Y nada bien debió pasarlo en los quizá cuatro años que estuvo sin cargo alguno, hasta ser nombrado Auditor de Catanzaro en 1627. En este puesto, una vez más, la suerte no estuvo de su parte, pues en el mismo año se vio víctima, casi inocente, en un conflicto entre las autoridades civiles y eclesiásticas, y luego preso en la cárcel durante unos tres años, por haber violentado con fuerza armada, aunque obedeciendo órdenes superiores, la cárcel inquisitorial. En enero de 1630 y en una Iglesia próxima al palacio ducal fue apresado por agentes de la inquisición, y en el mismo mes tres años después estaba libre, pues fue nombrado abogado fiscal de la audiencia de Trani. En este u otros cargos debió permanecer hasta 1643, en que comenzó la nueva edición en Nápoles de su *España defendida*, de la que quizá esperaba obtener medios económicos de vida, si es que, como dice en ella, se trata de la quinta edición y no de la segunda, que era lo más probable. Y fue en Trani y en el mes de octubre de 1643 cuando firma la aprobación de un libro, dejándonos con ello la última fecha cierta de su vida. Muy probablemente pasó a ser un desconocido en el mismo Nápoles, al salir de la cárcel a sus sesenta y dos años, y sobre todo al dejar de desempeñar cargos oficiales. Y en España, a la que había dejado veinte años antes, su nombre y su valer indudable se hallaban quizá ya en un olvido absoluto hasta casi nuestros días, por las muchas antipatías que dejó a causa de su envidia y acerbas críticas a todo lo de su tiempo.

#### IV. LA OBRA LITERARIA DE SUAREZ DE FIGUEROA.

Sin haber podido Figueroa conseguir un empleo oficial ni en Valladolid ni en los primeros años de su estancia en Madrid, no le quedó otro recurso, para



seguir malviviendo, que el de la pluma. De ésta habían salido ya para estas fechas dos libros: *Espejo de Juventud* y *El pastor fido*, los dos escritos en Nápoles, y publicado el segundo en 1602 (5). En dos de sus escritos nos dejó la lista de sus obras: En los Hechos de don García Hurtado de Mendoza, publicado en 1615, y en la segunda edición de su *España defendida*, la última por él editada en 1644. Y que se dio prisa en la tarea de escribir lo revela el hecho de que, de los ocho libros que enumera en su primera lista, parece ser que cinco o seis los escribió de 1609 a 1612. No se tiene noticia de que haya ejemplar alguno del *Espejo de la Juventud*, por lo que pudo haberle escrito pero sin darle a la imprenta, y por más que figure en la última lista entre los libros escritos y publicados. De *El pastor fido* salió una segunda edición en Valencia (6), mucho mejor y en más cuidada traducción que la primera, firmada ya además con el nombre y los dos apellidos, como todos sus escritos posteriores. Es ésta de 1609 la elogiada por Cervantes en el capítulo sesenta y dos de la segunda parte de su *Quijote*, llamando a Cristóbal de Figueroa (sin el Suárez) famoso traductor.

En Valencia también, y en 1609, publicó *La constante Amarilis* (7), novela pastoril, en la que trasladó al mundo novelesco pastoril un hecho histórico de aquellos días: los amores, peripecias y matrimonio de su protector don Juan Andrés Hurtado de Mendoza. En su prólogo pide disculpas Figueroa de sus defectos a causa de las prisas que su protector le dio, al componerle, “imaginado y escrito en dos meses”. Y en el *El pasajero* dice de él: “apenas nacido le repudié con ira, tratándole como adulterino..., considerando sus yerros, por falta de castigación”. Sin embargo, quizá contiene las mejores poesías de Figueroa, y Cervantes dice de él en su *Viaje al Parnaso*: “Figueroa es estotro, el Doctorado-Que cantó de Amarili la constancia-En dulce prosa y verso regalado”, aunque para casi todos los poetas pasó inadvertido.

Por aquellas fechas, y durante unos seis años, pudo Figueroa alejarse con gusto de la corte, y vivir en pleno campo de la provincia de Cuenca, al servicio de su protector y donde éste moraba. Sus críticas acerbas a la vida y costumbres cortesanas, y a los escritores más afortunados que él, le habían granjeado la malquerencia general. Dedicado ahora de lleno y sólo a escribir, de su retiro en Barajas (Cuenca) salieron, además de *La constante Amarilis*, otras cuatro o cinco obras suyas. Y la primera de ellas fue *La España defendida* (8), poema épico

(5) *El Pastor Fido. Tragicomedia Pastoral de Battista Guarino*, traducida del italiano en verso castellano por Christóval Suárez, Nápoles, Tarquinio Lengo, 1602, 8º.

(6) *El Pastor Fido. Tragicomedia Pastoral de Battista Guarini*. Traducida de toscano en castellano por Christóval González de Figueroa, a don Vicencio Gonzaga, Duque de Mantua, y de Monferrato. Impreso en Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, junto a S. Martín, 1609, 8º.

(7) *La Constante Amarilis. Prosas y Versos de Christoval Suárez de Figueroa*. Divididos en quatro Discursos. Valencia, Junto al molino de Rouella. Año mil 600. y nueve 8º.

(8) *España defendida. Poema heróico de Christóval Suárez de Figueroa, año 1612. Con privilegio. En Madrid. Por Juan de la Cuesta.*





que dedicó también a su protector, y publicó en Madrid en 1612, tratando de imitar la literatura heroica italiana, y sobre todo, como él mismo confiesa, el poema de Tasso. Su numen poético destaca pronto en las octavas de que se compone la obra, en las inspiradas imágenes y en las dramáticas escenas, como en la lucha a muerte entre Bernardo del Carpio y Orlando en la derrota de Roncesvalles. Prueba de su estima por éste su épico poema es el hecho de que recurrió a una nueva edición del mismo, para ayudarse, sin duda económicamente, como antes se ha dicho, y sin llevar a él más novedades que la corrección a veces de algún verso, suprimir una octava y añadir alguna más.

La tercera obra escrita, al servicio todavía de don Juan Andrés Hurtado de Mendoza, fue la titulada *Hechos de don García Hurtado de Mendoza* (9), el padre de su protector, dedicándosela al duque de Lerma, y que publicó en Madrid en 1613. No es de extrañar que abunde el libro en elogios a los Hurtado de Mendoza, ya que en manos de ellos estaban los escasos recursos económicos de su vida. Y a su antiguo protector dedicó tres años después la segunda edición de esta obra, sin duda bien acogida por ellos, aunque no por los escritores, con los que Figueroa estaba enfrentado.

También escribió en su retiro con quense la *Historia y anal relación de las cosas que hicieron los padres de la Compañía de Jesús, por las partes de Oriente y otras* (10). Redactada ya, y para ser dada a la imprenta en 1613, no se publicó hasta el año siguiente en Madrid. Se trata de una muy cuidada y concisa traducción del portugués al castellano, dividida en cinco partes o libros. En el prólogo de la misma dice Luis Cabrera de Córdoba, el conocido biógrafo de Felipe II, que “fue acertada y prudente la elección de culta pluma de Figueroa, pues sus volúmenes en Poesía y en historia dicen que sólo de su estilo se podía y debía fiar la inmortalidad de tan heroicas hazañas”.

Otra nueva traducción, ahora del italiano, hizo todavía Figueroa en su retiro con quense: la *Plaza Universal de todas ciencias y artes* (11), obra terminada ya en 1612, pero que no se publicó hasta 1615 en Madrid. Es una enciclopedia, en su mayor parte traducida, pero también en parte compuesta, pues suprimió o añadió, mirando al interés de los nuevos lectores castellanos. Muy divulgada ya en Italia y en el extranjero, pretendió él, dice en el prólogo, poner al alcance de todos las artes y las ciencias. En la fecha de su publicación se hallaba ya

(9) *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Quarto Marqués de Cañete*. Don Francisco de Roxas y Sandoual, Duque de Lerma, Marqués de Denia, etc. Por el doctor Christóval Suárez de Figueroa. En Madrid. En la imprenta Real año MDCXIII.

(10) *Historia y anal relación que hizieron los padres de la Compañía de Jesús, por las partes de Oriente y otras, en la Sacada*, limada y compuesta de portugués en castellano por el doctor don Christóval Suárez de Figueroa. En Madrid, MDCXIII. en la Imprenta Real.

(11) *Plaza Universal de todas las ciencias y artes, parte traducida de Toscano, y parte compuesta por el Doctor Christóval Suárez de Figueroa*. En Madrid año de 1615.



Figueroa en Madrid, disfrutando quizá de un cargo oficial. Una nueva edición salió también en Madrid un siglo después en 1733 con muchas adiciones a la anterior.

Si realmente fue Suárez de Figueroa el autor del Quijote de Avellaneda, que se publicó en 1614, en Barajas de Cuenca hubo de darle la última mano; un indicio más de que aprovechó bien el tiempo en que estuvo alejado de la corte, período muy principal en lo que se refiere a su labor literaria.

La más importante de sus obras, y quizá la más interesante incluso para sus lectores de hoy es *El pasajero*, que publicó en Madrid en 1617. Es también la más conocida y leída, tanto por lo que nos cuenta en ella de su vida hasta los cuarenta y seis años, como por la descripción que nos dejó de las costumbres de la sociedad española en los primeros años del siglo XVII. El mismo nos dice en la dedicatoria de su libro que es "hijo de mi inclinación, y empleo de mi voluntad", como fruto de sus gustos y de su querer, escogido de las flores sembradas por los jardines de varios libros" propios y sin duda también ajenos. Finge el autor una segunda ida a Italia y recoge en su libro las también inventadas conversaciones que, para hacer más llevadero el viaje de Madrid a Barcelona, tuvieron cuatro viajeros de distintas profesiones. Era el uno Maestro de Artes y Teología (Torres Rámila); otro, orífice; el tercero militar; y el cuarto Doctor (el mismo Figueroa), que lo era en ambos Derechos, y desempeña en los diálogos el papel principal, aprovechándose bien de todas las ocasiones para tratar los temas de su gusto, exponer sus ideas y dejarnos un sincero retrato de su mal carácter. Divide *El Pasajero* en diez Alivios, que lo son de verdad, y desahogos de su acumulado malhumor y de su temperamento envidioso, maldiciente y de crítico mordaz de casi todos los literatos de su tiempo y de las costumbres cortesanas.

Cuatro años después de *El Pasajero* apareció en Madrid otra obra de Figueroa, *Varias Noticias* (12). Quizá le tuvo algo apartado de su actividad literaria algún cargo oficial, ya que se sabe por él mismo que entre 1606 y 1623 le desempeñó durante once años. Sin embargo en el prólogo de este libro dice que sus obras habían sido bien acogidas; que por ello había podido vivir algunos años en la corte, y que entonces se veía obligado a recurrir de nuevo a la pluma hasta que el rey le otorgue algún empleo. El tono didáctico y moralizador, que se nota en casi todas sus obras, resalta también en ésta, en la que discurre entre temas de filosofía, historia antigua, ética y política, criticando a la vez las costumbres y vicios sociales en pesadas disquisiciones. En el prólogo se defiende de los que le acusaban con sobrada razón de falta de originalidad en sus escritos.

(12) *Varias Noticias importantes a la humana comunicación*. Al Excelentísimo Señor Don Alvaro de Alencastro, Duque de Auero, etc... Por el Doctor Christóval de Figueroa, Fiscal Juez, Gobernador, Comisario contra vandoleros, y Auditor de gente de guerra que fue por su Magestad. En Madrid. Por Tomas Iunti, Impressor del Rey, nuestro señor. Año de MDCXXI.



De vuelta a Italia, y ya de nuevo en Nápoles, publicó en esta ciudad en 1629 su última obra, la que tituló *Pusilipo. Ratos de conversación en los que dura el paseo* (13). La dedicó al Duque de Alcalá, que acababa de ser nombrado Virrey de Nápoles, colmándole elogios, y le invita a seguir el ejemplo de un antepasado en el Virreynato. Tanto en toda la dedicatoria como en todos los elogios se echa de ver la intención de ganarse sus favores. Las conversaciones se fingen entre cuatro amigos y divididas en Juntas, las que tuvieron lugar en la colina de Pusilipo, que domina la bahía de Nápoles. Entre la prosa de los diálogos van intercalados multitud de versos, notándose en todo el libro las prisas de su composición y las divagaciones sin orden ni concierto sobre diversas materias. Se advierte también en los temas religiosos un misticismo exagerado y la preocupación por evitar el toparse con la Inquisición. En el prólogo promete la publicación en breve de otros dos libros, cuyos títulos da; pero que lo más probable es que no llegaron a imprimirse.

## V. ENVIDIA Y ODIOS DE FIGUEROA A CERVANTES Y A RUIZ DE ALARCON

Contra ambos se ensaña en *El Pasajero* de modo especial, hasta aludir e injuriar a Cervantes en seis ocasiones, y a Alarcón en diez y siete, aprovechándose para hacerlo, de cualquier pretexto. Me interesa decir algo sobre los ataques a Alarcón, porque en una de las réplicas de éste a la maledicencia de Figueroa creo haber encontrado una muy clara alusión al Quijote de Avellaneda como obra de Suárez de Figueroa. Para Espín Rodrigo, que identifica a ambos, no son de extrañar los insultos a Cervantes en *El pasajero*, cuando tres años antes el prólogo del falso Quijote es todo él un continuo agravio al Manco de Lepanto.

Empieza Avellaneda su prólogo comparándole con el de Cervantes a la primera parte de su Quijote, al que tacha de “más cacareado y agresor que el suyo”, y calificando al propio de “más humilde que el que segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares”, con lo que, según él, no les cuadra el calificativo de ejemplares. Le recuerda a continuación que es manco, y que, “como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos”, puede decirse de él que “tiene más lengua que manos”. Le acusa después de que en su Quijote le ofendió a él y a Lope de Vega, mientras que él en el propio dice que huyó de ofender a nadie. Insiste después en llamarle viejo y descontentadizo y falto de amigos. “Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello tan falto de amigos”. No está de más anotar que la frase “tan mal contentadizo”, la repite tres años después *El Pasajero* (Alivio III, Pag. 97). Alardeando luego de su saber

(13) *Pusilipo. Ratos de conversación, en los que dura el paseo*. Autor Don Christoual Suarez de figueroa. Nápoles, Lazaro Scoriggio, MDCXXIX. 4°.



con citas de Santo Tomás, San Gregorio y San Pablo discurrea sobre la envidia, achacándose a Cervantes en su primera parte de el Quijote, y tratando al mismo tiempo de abochornarle, al difundir el haber escrito tras los hierros “de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada dellos, y salir nada menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados”.

Ya en la *Plaza Universal* había atacado Figueroa a Cervantes, calificando sin razón sus novelas de inmorales; pero dos años después suelta las riendas de su odio y envidia en *El Pasajero*, acometiéndole muy pronto ya, en *Alivio II* y *III*, sin piedad y sin consideración ya que había muerto un año antes, y en términos muy parecidos a los de Avellaneda. Escribe así Figueroa: “Poetas hay de sesenta y setenta años tan idiotas como presumidos hechos toda la vida unos... escuderos viejos de las musas, sin más caudal en los fines que en los principios. Falta a los más talento para emprender obra seguida” (*Aliv. II*, pág. 52). A su muerte contaba Cervantes sesenta y nueve años, y sólo le faltaban cinco meses para cumplir los setenta, y en sentir de Figueroa era el poeta viejo, idiota y presumido. También le critica el haber incluido en sus novelas sucesos de su propia vida: “No falta quien ha historiado sucesos suyos, dando a su corta calidad maravillosos realces y a su imaginada discreción inauditas alabanzas, que como estaba el paño en su poder, con facilidad podía aplicar la tisera por donde guiaba el gusto”. Y preguntando el Maestro: “¿Qué fruto sacó de tan notable locura?” Contesta el propio Figueroa: “El que suele producir lo que no se forja en el crisol de la cordura: mofa, risa, mengua, escarnio” (*Aliv. II*, pag. 56). Probablemente alude Figueroa a las novelas *El amante liberal* y a *El capitán cautivo*, en que Cervantes refirió algunos episodios de su cautiverio en Argel. Tratando Figueroa de las comedias, aprovecha la ocasión para insistir en la vejez de Cervantes que con el tiempo ha empeorado, errando en diez comedias: “También hay muchos que se inhabilitan al paso que se envejecen, como gámbaros de Italia, cuya condición es caminar hacia atrás, en vez de ir adelante. Ingenio hemos conocido que al cabo de cuarenta años de versificador cómico, vino a quedar empeorado, errando arreo afrentosamente, no solo una, sino diez comedias” (*Aliv. II*, pag. 73). Puede referirse Suárez a las Novelas ejemplares, de las que Avellaneda decía que “las más de ellas son comedias en prosa”. Recuerda Figueroa la muerte de Cervantes y pretende ridiculizarle por perseverar en sus yerros de escribir de cualquier cosa: “Errar es de hombres y perseverar en los yerros, de demonios... un librico tras otro y sea de lo que fuere. Anda toda la vida el autor en éxtasis, roto, deslucido, y en todo olvidado de sí. Si es imaginativo y agudo en demasía, pónese en peligro de apurar el seso concetuyendo, como le perdieron algunos que aún viven”. Tal sería el caso de Martín Quijano. “Si es algo material, bruma a todos, abofeteando y ofendiendo con impertinencias el blanco rostro de mucho papel. Dura en no pocos esta flaqueza hasta la muerte, haciendo prólogos y dedicatorias al punto de espirar” (*Aliv. II*, pag. 73 y 74). Aquí se echa bien de ver hasta qué extremos llegaba el odio de Figueroa, insultando a Cer-



vantes al año casi de su fallecimiento, y pretendiendo ridiculizar el prólogo y dedicatoria, cuatro días antes de morir, del *Persiles y Segismunda*. Vuelve de nuevo Figueroa al tema de las comedias, y valiéndose de las mismas palabras casi de Cervantes en el prólogo a las ocho publicadas, escribe así: “Muchos por falta de valedor, no hacen sino componer y hechar comedias al suelo del arca... Por esta causa se hallan infinitos con muchas gruesas representadas, esperando se representarán, cuando menos, en el teatro de Josafat, donde por ningún caso les faltarán oyentes” (Aliv. III, pág. 83). Por último recuerda otra vez a Cervantes viejo; y disculpando en los jóvenes el recurso a la poesía, le juzga insoportable en los ancianos: “Mas ciertos niños de a setenta, con hábito supeditado de mugre, vencidos de ancianidad, dados toda la vida a coplear, y lo que es peor, a coplear perversamente, no puede haber sufrimiento que detenga su justa reprehensión” (Aliv. III, pág. 85 y 86). En los dos años anteriores a su muerte, había publicado Cervantes tres de sus obras: *Viaje al Parnaso*, y las ocho comedias y ocho entremeses en 1614, y la segunda parte del Quijote en 1615. Precisamente en la primera de las tres había elogiado (Cap. II) *La constante Amarelis*, y en El Quijote (Parte II, cap. 62), la traducción de *El pastor fido*. Y a la vista está en *El Pasajero* cómo correspondió Figueroa a esos elogios. Merece también anotarse la coincidencia de Avellaneda y Figueroa al insistir ambos tanto en tildar a Cervantes de viejo. Bueno él y de buen carácter, hallaban poco de reprochable en su vida y escritos. Sin embargo, acaso tengamos que agradecer a Figueroa, si fue el autor del falso Quijote, la segunda parte del de Cervantes, mucho mejor que la primera, y que publicó en diciembre de 1615, cuatro meses antes de su muerte, dándose prisa a terminarla cuando a finales del 1614 apareció el de Avellaneda. Siendo ésta una obra satírica de mérito, quedó anulado y relegado por el de Cervantes a un silencio y olvido de siglos, casi hasta el día de hoy.

## VI. SUAREZ DE FIGUEROA Y DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Mucho peor que a Cervantes trató Figueroa a Alarcón, ridiculizándole en sus anhelos de grandeza, y burlándose de él hasta extremos de crueldad por las deformidades de su cuerpo, tarea en que le acompañaron casi todos los poetas y famosos escritores de aquél tiempo. Se mofa en *El Pasajero* de el Don con que amaneció un día antepuesto a su nombre y del Mendoza que pospuso al Alarcón, “pues saben hacer tales embelecocos hasta los hijos de nadie, contrahechos y advenedizos” (Aliv. V, pág. 36). Le injuria, llamándole “El jimio en figura de hombre, el corcovado imprudente, el contrahecho ridículo, dejado de la mano de Dios” (Aliv. VI, pág. 206). Le dice también que “es tenido y juzgado de todos por machazo irracional de todas las Musas; por centro de toda ignorancia, de todo absurdo, de todo error” (Aliv. V, pág. 176). Y aludiendo igualmente a él,



se pregunta: “¿Hay yerro tan grande como... que tocándo y viendo el mas vil corcovado los bultos de la espalda y del pecho, guste que le llamen gentilhombre?”. A estos y otros insultos fue contestando Alarcón en sus notables y populares comedias con gracia, mucho ingenio y muy a gusto del público, que entendía bien a quién se refería al hacer alusión a “un vicioso en murmurar, el maldiciente poeta, el murmurador de todo y de todos, que, “Si le vieran quemar, diera leña el pueblo todo”. Al DON, precediendo con todo derecho al nombre, contestó Ruiz de Alarcón riéndose de la calva y peluca de Figueroa, que anocheció un día calvo, pues lo era, y amaneció al día siguiente “abrigada la molle- ra”. Y no se contentó Alarcón con el papel pasivo de responder a los insultos de su enemigo, sino que pasó a la ofensiva, llegando a introducir en escena a Figueroa, dando este nombre a un lacayo o criado de un marqués. Y por último, le atacó también, sin contestar a nada en concreto, y con ánimo indudable de ofenderle en algo que debía dolerle mucho, aludiendo a una obra satírica de Figueroa, sin duda de mérito, pero de la que no pudo, al publicarla, declararse autor, con lo que, después de mucho trabajo en componerla, se queda con el pecado y vergüenza de lo mal hecho, por meterse en campo ajeno, y sin la gloria de poder decir que es suya. Tal alusión se halla en la comedia que tituló Alarcón “Todo es ventura”, acto primero, escena novena. Dice así:

Tristán:           Lo mismo que al maldiciente  
                          Poeta te ha sucedido.

Don Enrique:       Di cómo.

Tristán:           Que porque huya  
                          De la sátira la pena,  
                          Y después que la memoria  
                          Y entendimiento ha cansado,  
                          Se queda con el pecado  
                          Y no se lleva la gloria.

Se trata, pues, de un libro satírico de Figueroa, que resultó bien hecho, y que ha publicado, pero no con su nombre. En las comedias de Alarcón es Figueroa “el maldiciente poeta”, y anónimo se juzgó siempre el falso Quijote de Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, que no es otro que Cristóbal Suárez de Figueroa, natural de Valladolid. Aunque fue su autor, se cuidó muy bien, por permanecer en el anonimato, de no incluirle en la lista de sus obras que nos dejó en dos ocasiones. Que era este un secreto a voces y no sólo en los círculos literarios de amigos y enemigos de Figueroa, sino también del público que asistía a las comedias, lo demuestra el hecho mismo de llevarle Alarcón a la escena, en donde se aludían y se satirizaban hechos y personajes de actualidad, de todos conocidos. No cabe duda de que el círculo literario de Figueroa y sus pocos amigos tenían conocimiento hasta de sus secretos literarios, pero por leales





a su amistad se callaron éste, e hicieron lo mismo sus muchos enemigos por no favorecerle en la propaganda de su libro y para no perjudicar al bueno de Cervantes. Y naturalmente no podía éste ignorar lo que todos sabían. Indudables son también los valores del falso Quijote, aunque comparados con el de Cervantes, se hallen a una distancia de inferioridad casi infinita, al pretender ambos hacer una sátira de los libros de caballerías y de su lectura tan popularizada en el siglo diecisiete.

## VII. CARACTER DE CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

A falta de un retrato, del que no hay noticia alguna, nos dejó Figueroa su autobiografía hasta los cuarenta y seis años de su vida, a todo lo largo de *El Pasajero*.

Este verdadero autorretrato suyo, no sólo físico y literario sino moral y religioso le completó, resumió y aclaró nuestro gran crítico literario Menéndez Pelayo, en unas pocas y expresivas frases, advirtiendo a la vez, que lo más interesante de estudiar que el encontraba en *El Pasajero*, era el carácter mismo de su autor. A éste le describe el gran polígrafo, mezclando grandes elogios con las más duras diatribas. Del ingenio de Suárez de Figueroa dice que “le tuvo y grande, juntamente con una ciencia profunda de nuestra lengua... y que destacó vigorosamente del cuadro de la literatura del siglo XVII... Quien busque noticias de apacible curiosidad, sátiras tan crueles como ingeniosas, gran repertorio de frases venenosas y felices, rasgos incomparables de costumbres, lea *El Pasajero*. Y pasando a las diatribas que resalta más que los elogios, escribe que fue “público maldiciente, envidioso universal de los aplausos ajenos, tipo de misántropo y excéntrico... Tal hombre era una monstruosidad moral, de aquellas que ni el ingenio redime... Lo odioso de su condición y el mismo deseo de mostrarse solapado y agudo con mengua de la claridad y del deleite, condenaron sus escritos al olvido, perdiendo él en honra propia lo que a tantos había quitado (14). Tras esta cruda descripción del carácter de Suárez de Figueroa, sólo le faltó dar un paso más y, dejando en paz a su Alfonso Lamberto, afirmar que Avellaneda no pudo ser otro que el escritor más envidioso y maldiciente del siglo diecisiete.

Durante casi toda su vida estuvo dominado Figueroa por el pecado capital de la envidia, y de éste como de fuente natural, brotó la maledicencia, alivio y desahogo de aquélla en todas las páginas del *El Pasajero* a causa de los muchos enemigos que le deparaba su mal carácter. La envidia hacia su hermano, confiesa él mismo, fue la que le llevó a alejarse de su casa y de su patria en edad muy temprana, sin tener en cuenta el gran amor y “los ríos de lágrimas” de su madre, y por vengarse del padre, dio a ambos el gran disgusto de oírle decir que en vida

(14) *Historia de las ideas estéticas en España*, M. Menéndez y Pelayo, Madrid, 1896, tomo 3.º, pág. 420.



de ellos no volvería de Italia. Y se puso de manifiesto lo odioso de su carácter y condición al alardear, veintinueve años después, de haber cumplido su palabra haciendo caso omiso de “las amorosas cartas recibidas, en las que le pedían y rogaban viniese a consolarlos con verle en su vejez” (Aliv. VI, pág. 216). De la maledicencia él mismo escribe: “Notábanme de maldiciente universal” (Aliv. III, pág. 97), “No puede disimular mi natural maldiciente” (Aliv. V, pág. 156). Bien que entendía el público madrileño, que acudía a las comedias de Ruiz de Alarcón, que se refería a Figueroa cuando mencionaba al “maldiciente poeta y vicioso en murmurar”.

No puede atribuirse más que a la envidia que sentía de los poetas de su tiempo, lo que escribe en *El Pasajero* de ellos y la poesía, hasta abominar de ésta, cuando tanto la utilizó en casi todas sus obras. Dice de ella que sirve “sólo de robar las horas que se debían de ocupar en más digno empleo... Causa al sujeto no menor daño que el amor”. Se la aconseja a Don Luis: “soy, pues, de opinión que os desviéis con todo cuidado de lo que por ningún caso ocasiona utilidad ni reputación (Aliv. II, pág. 47). Se indispuso con gran número de buenos poetas al escribir: “Cuanto a rimas sueltas, solamente las de Garcilaso y Camoens merecen en España aplauso y estimación; las demás desprecio y olvido, por flojas, por humildes en pensamiento y elocución” (Aliv. II pág. 61). En otra ocasión, sin embargo, elogia y admira también a Góngora. A tanto llegó su fingido odio a la poesía que dice: “convínome últimamente hacer una declaración juratoria como aborrecía con extremo todo género de poesía (Aliv. III, pág. 97). Esta su postura la contradujo él mismo, pues continuó prodigando en *El Pasajero* y en las obras posteriores los versos en medio de la prosa. No escatimó incluso los elogios a las propias poesías, ya las recite él mismo o las ponga en boca de su interlocutores. Un evidente elogio brotó espontáneo de su pluma cuando, al escribir que no puede disimular su natural maldiciente, añade: “hasta contradecir el ejercicio de cosa tan buena”, refiriéndose a la poesía (Aliv. V, pág. 156). Puso también en boca del Maestro estas encomiásticas palabras: “Ceguedad es, y por lo menos, descubrirá tener estragado el gusto quien no se alimentare mucho con el regalo precioso de la Poesía” (Aliv. III, pág. §8). Con tantas contradicciones y hechos puede concluirse que finge odiar la poesía, para atacar por envidia a casi todos los grandes poetas de su tiempo e incluso odiar a Cervantes y Ruiz de Alarcón. Y tras años de amistad con Lope de Vega, llegó también al fin de enemistarse con él, criticando su teatro en *El Pasajero*, y colaborando con Torres Rámila en la sátira *Spongia*, para desprestigiarle.

Su carácter irascible y pendenciero, presto a la violencia, le vimos anteriormente manifiesto en tres ocasiones: con el arriero en una venta próxima a Cuéllar; con su contrincante el “letradón desvaído”, al que en Valladolid dejó en trance de muerte, al clavarle su daga en un costado; y en Italia, poniendo en libertad a un preso de la Inquisición, asaltando con fuerza armada la cárcel en



que se hallaba. Una prueba de sus crueles sentimientos nos dejó diciendo en *El Pasajero* que el conde de Fuentes, Gobernador de Milán, pacificó la ciudad, ejecutando a dos centenares de pícaros y valientes, “porque consultándole negocio de valiente decretaba: Horca...; palabra la más saludable del mundo” (Aliv. VII, pág. 260).

Muy acertado estuvo el dramaturgo y novelista Salas Barbadillo, al fingir, entre tantas academias madrileñas de escritores una de animales, y dar en ella el papel de fiscal al perro, en el que, según el mismo Salas, estaba representado un poeta muy envidioso, siempre entregado a fisgar y roer, como si fueran huesos, y triturar los escritos ajenos. Dieron por ello los muchos enemigos de Figueroa en llamarle el perro Fisgarroa, uniendo a su apellido lo de fisgar del envidioso y el roer, propio del perro.

Otro defecto de Suárez de Figueroa fue el echar mano sin escrúpulo alguno de poesías ajenas, y utilizarlas como si fueran propias. Eso mismo aconsejaba en *El Pasajero* a Don Luis que hiciera en su proyecto de primer libro, con tal de que lo ajeno no sobrepasara la cantidad de lo propio. Y a la práctica lo llevó Figueroa en *La constante Amarilis*, de la que se ha escrito que contiene sus mejores poesías, elogiada por Cervantes “por su dulce prosa y verso regalado”. Pero tales encomios se hicieron mucho antes de saberse que en tal obra dio cabida, como propios, a ocho sonetos de su amigo el poeta Carrillo de Sotomayor (15). El mismo Suárez confiesa que en su composición llegó un momento en que por dar gusto a su protector que le apremiaba a la terminación, dice: “volaba...; mas era prestándome alguno sus alas... Apenas nacido, le repudié con ira, tratándole como adulterino”. (*El Pasajero*, Aliv. II, pág. 69). También Menéndez Pelayo le acusó haber llegado al plagio en esta su novela pastoril.

No obstante lo dicho sobre su carácter, me parece exagerada la afirmación del gran polígrafo de que fue “una monstruosidad moral”. No puede ponerse en duda su sinceridad en la autobiografía de *El Pasajero*, obra que ha pasado a la historia de la literatura española como el libro más íntimo y subjetivo de nuestro siglo XVII. Y en él se ponen bien de manifiesto sus acertadas y sanas ideas morales y religiosas, su devoción a la Virgen, sus piadosos sentimientos y su empeño en reformar las costumbres y extirpar los vicios de su tiempo. De notar es el elogio que hace para ello del matrimonio cristiano, diciendo de él que “es sacramento grande, instituido por Dios; como tal santísimo, y, sobre todo, merecedor de ser con sumo respeto amado y seguido,... es saludable... es bonísimo... Si se encuentra mujer obediente, oficiosa, modesta, es cuanta felicidad se puede desear y hallar en el mundo” (Aliv. IV, pág. 138 y 139). A pesar de estas ideas, no llegó, sin embargo, a casarse por circunstancias extrañas a su voluntad, en las dos ocasiones en que estuvo decidido a hacerlo.

(15) *Carrillo de Sotomayor y Suárez de Figueroa*, por Enrique Buceta. *Revista de Filología Española*, Madrid, 1919-VI.



## VIII. PRUEBAS DE LA IDENTIDAD DE AVELLANEDA Y SUAREZ DE FIGUEROA.

Si tenemos en cuenta todo lo dicho hasta ahora de Figueroa, y buscamos en la segunda decena del siglo XVII un poeta y escritor satírico clásico al que adjudicar la autoría del Quijote de Avellaneda, muy difícil será encontrar otro que reúna las condiciones con que cuenta él para esta adjudicación: amigo y entusiasta admirador de Lope de Vega, enemigo de Cervantes y bastante más joven que él (24 años), escritor de mérito, envidioso y maldiciente, ofendido con sinónimos por Cervantes en la primera parte del Quijote. Es en el prólogo al de Avellaneda en donde éste dice de sí mismo que le ofendió Cervantes con los dichos sinónimos (alusiones ofensivas o satíricas ironías), y que los dos Quijotes tienen el mismo "fin, que es desterrar la perniciosa lición (lectura) de los libros de caballería,... si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender a mí y particularmente" a Lope de Vega, en numerosas ocasiones aludido y satirizado por Cervantes. Continúa Avellaneda diciendo que él, en cambio, ha tratado de conseguir el mismo fin "huyendo de ofender a nadie ni hacer ostentación de sinónimos voluntarios; si bien supiera hacer lo segundo y mal lo primero". Precisamente todo el prólogo es una prueba de que sabía hacer bien esto último, ya que se concreta en ofensas y agravios a Cervantes muy semejantes a los que vimos en *El Pasajero* de nuestro Suárez de Figueroa.

Que debió éste verse ofendido por Cervantes en su Quijote no cabe la menor duda, al leer lo que escribe en el capítulo VI al narrar el escrutinio que de los libros de Don Quijote hizo el cura con el barbero. Leyó éste el título de un libro, que recordó al Sr. cura el *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, y dijo al barbero, refiriéndose al gran poeta épico: "al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza". Y da la razón de esta preferencia a continuación, diciendo que en las traducciones pierden siempre los libros "mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieran volver en otra lengua: que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento". Sin duda alguna que Figueroa se sintió aludido en el desprecio de todos los traductores de libros en verso y más si la traducción se hace también en verso. Y precisamente esto es lo que llevó a cabo en su obra de *El pastor fido*, traducción del de Guarini, y prueba de que le ofendió esta alusión despectiva de Cervantes es que en 1609 publicó una segunda traducción corregida y muy mejorada, que es la elogiada por el mismo Cervantes en el capítulo LXII de la segunda parte del Quijote. No podemos saber si también se juzgó ofendido Suárez en la otra obra por él publicada antes del Quijote de Cervantes, el *Espejo de Juventud*, porque no se tiene noticia de que exista ejemplar alguno de él.



Incidentalmente hemos citado en páginas anteriores la frase “tan mal contentadizo”, aplicada por Avellaneda al viejo Cervantes en el prólogo de su *Quijote*, y repetida tres años después por Suárez de Figueroa en *El Pasajero* (pág. 97). Hemos de añadir ahora que no es una sola vez, sino una segunda en que la reiteró y aplicada a la misma vejez: “es la vejez cansada, como mal contentadiza.” (pág. 348), y varias más con pequeñas variantes: “mal contentadizos, malcontentadizos, malcontentos” (pág. 155, 305, y 162). Esta reiteración de la frase de Avellaneda en el libro de Suárez de Figueroa me parece estar indicando que éste la considera como suya propia, y que es prueba, por tanto, de la identidad de ambos autores.

Escribe Clemencín en sus famosos *Comentarios al Quijote de Cervantes*, refiriéndose al prólogo de su segunda parte y, en concreto, a los dos cuentos de locos y perros: “Ni uno ni otro tiene conexión, a lo que yo alcanzo, con el prólogo del Licenciado de Tordesillas”. A mi juicio, se ve, sin embargo, clara esa conexión en nuestra hipótesis de la identificación de Avellaneda con Suárez de Figueroa. Teniendo en cuenta que era éste para sus enemigos el “perro Fígarrroa”, lo cual no podía ignorar Cervantes, pasa de la propia defensa al ataque contra Avellaneda, inventando para ello los dos cuentos, con los que le hecha en cara el meterse con todo el mundo, fígarrando vidas ajenas, y el haber caído en la loca tentación de publicar un libro que, pensaba él, pudiera darle fama y dineros. Por ello da fin Cervantes al primero de los dos cuentos, preguntando a Avellaneda: “¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?”. Y termina el segundo, después de dejar bien apaleado al loco por el dueño del lastimado podenco, con la afirmación de que: “Quizás de esta suerte le podrá acontecer a este historiador que no se atreverá a soltar más la peña de su ingenio en libros que, siendo malos, son más duros que las peñas”. Y se verá por ello bien vareado, como ahora en el prólogo y mucho más en el texto lo fue Avellaneda, a quien su *Quijote* le resultó podenco y ocasión de los varapalos Cervantinos.

## IX. CONCLUSION.

Sirva esta exposición de motivos y las consideraciones que en ella se vierten, como un esbozo general de la teoría que la muerte impidió desarrollar con más minuciosidad a Enrique Espín Rodrigo. La escrupulosidad y celo que puso en identificar al autor del *Quijote* apócrifo con Suárez de Figueroa, le llevaron a dejar manuscritas varios centenares de cuartillas que, a manera de fichero, cotejan el falso *Quijote* con todas las obras de Figueroa y en especial con la más importante y original de ellas, *El Pasajero*. Este ingente trabajo, que analiza minuciosamente el léxico y el estilo, las frases, modismos y giros de modo



exhaustivo y convincente, se encuentra depositado en la actualidad en Lorca, en el Fondo Cultural Espín de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, a disposición de aquellos estudiosos del tema interesados en comprobar los fundamentos sobre los que se asienta la atribución. En mi mano estuvo darla a luz pública y no silenciar para siempre una aportación al controvertido y polémico mundo del Quijote apócrifo. Una aportación, en suma, novedosa por el personaje propuesto y valiosa por cuanto todos sus extremos fueron tratados con el rigor que imponé una constante autocrítica.

